

sóficas liberales del siglo pasado, no se puede prescindir de sus huellas en la evolución intelectual de Antonio Machado.»

Especial mención, dentro de los valores indiscutibles que encierra este ensayo, merecen los análisis poéticos en los cuales su autor nos enfrenta con una personal interpretación de *Las soledades*, analizando el sistema de símbolos y la funcionalidad de los recursos poéticos.—G. P.

DOMINGO YNDURAIN: *Ideas recurrentes en Antonio Machado*. Ediciones Turner, Madrid.

La labor de divulgación realizada por el profesor Ynduráin de la obra de Antonio Machado es ya bastante conocida y apreciada como una de las más importantes de las conocidas hasta el momento; bastaría mencionar su transcripción y edición de *Los complementarios*.

El profesor Ynduráin ha elegido para su trabajo un análisis del trasfondo simbólico en que se sustenta la expresión poética de Antonio Machado. A través de este análisis vamos constatando en qué forma y con qué fuerza la realidad va entretejiendo la capacidad expresiva; la obra como una consecuencia lógica de unas «recurrencias» conformadoras de un mundo de hondas vivencias que en la poesía de Antonio Machado se tornan transferibles por su carga poética. Varias son, dentro de la simbología machadiana, las claves que el profesor Ynduráin nos muestra como perviventes a lo largo de toda la obra que se enmarca dentro de *Soledades*, *Galerías* y *Otros poemas*. Enumerarlos contribuiría a dar una idea errónea del contenido de este trabajo, que apunta a hechos más significativos que la sola y esquemática relación de factores coincidentes. La obra va más lejos, se podría decir que partiendo de unos supuestos válidos como preocupaciones expresivas en Antonio Machado, éstos no son sino la armazón que permite el esclarecimiento de una serie de otros hechos, vitales para el perfecto conocimiento de la poética de Machado. Podríamos, en un acto un tanto precipitado, ver que en la forma de análisis empleada por el profesor Ynduráin —forma a todas luces claramente encuadrada en el rigor de un estudio específico de la obra— existe una frialdad con relación a otros trabajos en los cuales revisten más importancia los aspectos biográficos. Esto, como hemos dicho, sería un error, pues la obra del profesor Ynduráin no se encuentra exenta de un profundo sentido humano. El recuento de las incidencias en Antonio Machado nos per-

mite adentrarnos en su forma de penetrar el mundo circundante. Los temas tratados en este libro, como podrían ser el tiempo, la niñez, el camino, la fuente, el mar..., etc., no son sino anotaciones que nos llevan a aprehender la realidad de la poesía de Machado, profundamente inmersa en un contexto vital.

En ensayo del profesor Ynduráin se halla precedido de un prólogo de Aurora de Albornoz, prólogo que viene a contribuir al perfecto conocimiento del trabajo, ya que sitúa con lucidez el alcance del trabajo del profesor Ynduráin, aportando a su vez una serie de alcances de imprescindible valor para la perfecta comprensión de la obra.—G. P.

GILLIAN GAYTOR: *Manuel Machado y los poetas simbolistas franceses*. Editorial Bello, Valencia.

El parcial silencio que rodeó, y por qué no decirlo, que aún rodea la obra de Manuel Machado, parece ir conquistando lenta pero en forma inexorable el lugar que le corresponde en el ámbito de la poesía contemporánea española. Buena prueba de ello son los no pocos libros que sobre la obra de Manuel Machado se han editado últimamente. Y dejemos a un lado el motivo de que ellos sean motivados por la celebración de un centenario; podrá haber algunos que se inscriban tal vez dentro de una actitud oportunista y precipitada, pero serán los menos. Lo que sí está claro es el hecho de que la poesía de Machado ha ido creando su propio contorno de interés. Como una confirmación de lo dicho, tenemos este trabajo, que trataremos de reseñar, debido a la profesora inglesa Gillian Gayton, de la Universidad de la Columbia Británica, Canadá.

Resulta desolador tener que circunscribirnos a una relación tan somera como la presente sobre los aspectos de este trabajo. Existe en él una verdadera entrega dilucidadora sobre una serie de aspectos de la obra de Manuel Machado que esclarecen su personalidad de auténtico buscador de su expresión poética y de una consciente asimilación de aquellas influencias que le eran necesarias, sin intermediarios, recreándolas hasta convertirlas en el contenido de su propio e intransferible mundo expresivo. Sobre esto vale citar a la profesora Gayton: «Parece evidente que Machado, aparte del empleo de vez en cuando de técnicas rubenianas, se desarrolló como poeta independientemente de Darío, y halló inspiración en la poesía francesa, sin tener necesidad de intermediarios».

Cabría hacer mención aquí del riguroso estudio de los temas y los aspectos estilísticos de la obra machadiana que encierra este trabajo, desde todo punto importante para conocer la obra poética de Manuel Machado. Son muchos los méritos que concurren en el trabajo de la profesora Gayton, aparte de los mencionados.—G. P.

VARIOS AUTORES: *Antonio Machado, verso a verso*. Universidad de Sevilla, Colección de bolsillo.

Con anterioridad hemos tenido ocasión de conocer un trabajo de conjunto sobre la obra de Manuel Machado. Ahora la Universidad de Sevilla nos entrega éste sobre la poesía de Antonio Machado. Resultaría imposible resumir aquí el contenido de los trabajos que lo integran sin caer en el despropósito. La mayoría de los estudios reunidos constituyen en sí trabajos de investigación que merecen, desde todo punto de vista, un especial y detallado comentario.

El sentido que ha movido la reunión de estos trabajos y su posterior edición por el Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, nos lo precisa en su introducción el profesor Francisco López Estrada: «Con estas notas que rodean la palabra poética de Antonio, no queremos sofocar la poesía con un alarde de erudición y de crítica, sino ayudar a que los lectores que más cerca tenemos de nosotros, los jóvenes universitarios—y cuantos gusten de estas aventuras—lleguen lo más lejos posible en el entendimiento del poema; la experiencia de la historia y teorías literarias, la crítica y la erudición se concentran en el estudio de cada poesía y la prolongan en un ámbito significativo».

Como hemos manifestado anteriormente, pensamos que la naturaleza misma de los trabajos, el fruto de la dedicación que significan en su totalidad y el valor que representan en una forma individual, nos obligaría a detenernos en un análisis más pormenorizado. No pudiendo hacerlo, optaremos por dar una referencia de los temas tratados, abriendo así ese diálogo que debe generarse entre el lector interesado y los estudios en la lectura directa de los mismos.

A la presentación del Profesor Francisco López Estrada siguen los siguientes trabajos: «Notas en torno al poema "En el entierro de un amigo"», José María Capote Benot; «Comentario al poema VI:

“Fue una clara tarde triste y soñolienta”», María José Alonso Seoane; «Yo voy soñando caminos», José Luis Tejada; «Aproximaciones a “Es una tarde cenicienta y mustia...”», Trinidad Barrera López; «El retrato de Antonio Machado a través de las funciones del lenguaje», Antonio Rodríguez Almodóvar; «Caminos», María de las Mercedes de los Reyes Peña; «El reencuentro de Machado con el paisaje andaluz. Comentario del poema “En estos campos de la tierra mía”», Rogelio Reyes Cano; «En torno a “Del pasado efímero”, de Antonio Machado», Carmen de Mora Varcárcel; «“Berceo”, el primero de los poemas de Antonio Machado», Francisco López Estrada; «Visión de un aspecto crítico en Antonio Machado, “Una España joven”»; cierra el volumen «Estudio del soneto de Antonio Machado “¿Por qué, decidme, hacia los altos llanos...”», II de *Los sueños dialogados*.— GALVARINO PLAZA (*Fuente del Saz*, 8. MADRID-16).

## VIDA Y POESÍA EN ANTONIO MACHADO

No ya porque sea su año, no porque haga tantos o cuantos años que Antonio Machado dejara esta tierra maravillosa e infame, no porque su vida fuera importante y su poesía diáfana y magnífica, sino tal vez por otros motivos: porque cualquier poeta necesita hablar de sus maestros, porque cualquier hombre necesita comprender a los demás hombres, etc., por todo ello es posible que Jaime Delgado se haya preocupado del tema, y así ocurre en *Vida y poesía en Antonio Machado* (\*), muy recientemente editado en Salamanca por Alamo, esa obra de dos gigantes que se llaman Juan Ruiz Peña y José Ledesma Criado, o viceversa, que tanto monta.

Porque el ser un hombre público, y Jaime Delgado lo es (catedrático, ensayista, poeta, delegado nacional de Cultura), no hace que se olvide su condición de amante de lo eterno, de lo inmemorial, de lo sublime, de aquello que la Historia ya ha catalogado y que los hombres nos empeñamos en repetir, en hacer recordar continuamente.

---

(\*) «Vida y poesía en Antonio Machado». Jaime Delgado. Ediciones Alamo. Salamanca, 1975.

Para Delgado, Antonio Machado, nacido en Sevilla, es la configuración total de una Castilla pletórica que existía por encima de cualquier condicionante geográfico o al otro lado de cualquier frontera, tal vez porque la geografía y las fronteras sean algo creado por los Gobiernos mientras que la poesía nace en el corazón de los hombres y de ahí parte a los cuatro vientos, llegando hasta las estrellas y hasta el alma de los demás hombres.

Al comienzo del ensayo, Jaime Delgado aclara que «la partícula 'en' que figura en el título de este trabajo encuentra su justificación, a mi parecer, en el hecho de que vida y poesía son conceptos unidos en la figura del maestro lírico de la generación de 1898», y hace tal indicación como muy inteligente premisa para pasar a abordar los temas palpitantes en la vida de cualquier poeta, que pueden reducirse a dos, esto es, su biografía en esquema y el valor que su lírica tiene para el devenir histórico, aunque esto último pueda parecer demasiado pretencioso, porque el mensaje que cualquier poeta imprima a sus versos nos dará una eficiente visión de su propia vida, y de igual manera sus relaciones individuales dejarán marcada de una manera permanente su categoría de creador o de recreador del entorno en que tales relaciones hayan tenido lugar. Todo ello son connotaciones de la calidad de hombre público que el más apartado e íntimo, o intimista, poeta lleva en su habitual trabajo, lo cual escapa al hombre vulgar, al hombre que no sabe, o no quiere, o no desea, o no puede (por tantos impedimentos como la llamada libertad fabril) comunicar o captar en lo que considera la obra de un simple romántico y no de un verdadero diseccionador de una realidad concreta.

Según Delgado, Machado «venía concediendo primacía a la belleza, pero le importaba, sobre todo, el auténtico ser de las cosas», de ahí esa trascendencia de su auténtico valor como hombre ligado a la poesía en su más extensa dimensión y de ahí también que el contenido humano de toda su obra resaltara por encima de la pura satisfacción de escribir, de la necesidad de relatar su permanente contacto con la realidad, una realidad importante por lo que tenía de configuradora de su propio yo. Ese nuevo concepto de la poesía que Antonio Machado estaba dando al panorama intelectual español nacía de su necesidad de comunicar lo eterno a quienes le rodeaban, lo eterno de las cosas sencillas, y de comunicárselo a quienes eran parte de una finitud reveladora de su configuración puramente humana. Dice Jaime Delgado: «Junto con este concepto esencialmente temporal de la poesía, la obra machadiana revela una fundamental preocupación por

el hombre», refiriéndose a algunos versos de sus «Poesías completas» («Ni mármol duro y eterno, / ni música ni pintura, / sino palabra en el tiempo...»), y es en esa preocupación por el hombre donde el poeta llega a negar un trasfondo intelectual en la simple obra lírica, no porque crea que la civilización malogra los sentimientos más puros, sino porque llega a suponer que la belleza está a flor de piel, tan cerca, que no es preciso reinventarla con teoremas grandiosos o con hipótesis complicadas, sino que subyace en el mismo sentimiento humano, en el poeta que se preocupa de analizar lo cotidiano configurándolo como permanente. Señala Delgado que «ambas notas características de la poesía machadiana, lo temporal y lo humano, se hallan claramente expresadas en el poema "A José María Palacio"», que realmente es un ejemplo del bien hacer de nuestro comentado, versos casi impresionantes donde el amor por la Naturaleza se enlaza con la alusión, que aquí aparece por vez primera en el ensayo de Delgado, concreta del «alto Espino dónde está su tierra...», dándonos una fugaz y certera noticia del dolor del hombre hacia lo ido, hacia «Leonor, la esposa tempranamente fallecida». Pero alusiones similares se verán en otros poemas dedicados a Juan Ramón, a Miguel de Unamuno, y más directamente en las «Canciones a Guiomar». Y es precisamente en este contexto en el que va a hacer hincapié Delgado en todo su ensayo, esto es, en las relaciones íntimas de Antonio Machado con las dos mujeres de su vida y la incertidumbre que cubrió sus espacios de soledad. Es como si la vida toda del poeta se hallara íntimamente ligada a los dos sucesos vitales de su existencia o a ese complicado engranaje de no llegar a poseer toda la felicidad buscada, lo que, por otra parte, hace posible una inmensa obra lírica que lleva las notas de tales sucesos. Lo demás (viajes, trabajo en Soria, Baeza y Segovia, guerra civil española, etc.), son simples datos que existen alrededor de su íntima búsqueda de la compañera, a medio camino entre la casi niña, Leonor, y la casi imposible Guiomar, atada a lazos ajenos.

Se advierte en la obra de Jaime Delgado una intensa expectación ante los mencionados hechos, como si hubiera en todo el estudio un deseo implícito de hacer cambiar el sino de las cosas para evitar que las «Soledades» del poeta se vieran de alguna manera mitigadas, y ello es porque ve a Machado como hombre y de esa visión se va a ir desgranando sentidamente su situación de lírico grandioso y Delgado sabe, presiente, que de no haber existido tantos impedimentos en la vida del poeta, tal vez Antonio Machado no hubiera pervivido, más

que como otra cosa, como poeta.—*MANUEL QUIROGA CLERIGO. (Ciudad Puerta de Sierra, 2. C/Gredos, 4, 3.º A. MAJADAHONDA, Madrid.)*

## ANTONIO MACHADO, POETA SIMBOLISTA \*

Tout n'est ici-has que symbole et songe

(Ernest RENAN: «Prière sur l'Acropole»)

Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu.

(Antonio MACHADO: «Soledades»)

Cuando Luis Cernuda sellaba su obra como una lucha inútil, so-  
llozante, entre «la realidad y el deseo», de alguna manera erigía esa  
lucha en arquetipo de toda creación, más aún, de toda vida humana.  
Y a esa convicción llega también J. M. Aguirre, tras un estudio denso,  
documentadísimo y lúcido de la obra de Antonio Machado. En esa  
bipolaridad dialéctica realidad/deseo, al hombre le toca la parte más  
excitante y la más vana: el deseo. Al poeta le toca además de ma-  
nera exacerbada. Sabe que la batalla está perdida de antemano y, sin  
embargo, la afronta con denuedo. Es el duelo nocturno entre Jacob  
y el ángel. Son fuerzas desiguales en pugna. Llega luego el derrumbe,  
y una especie de póstuma melancolía que el propio Cernuda ha  
expresado quizá como nadie:

*Desde el rincón de algún compás, a solas,  
con la frente en la mano —tal fantasma que vuelve—  
llorarías pensando  
cuán bella fue la vida y cuán inútil.*

No sabemos si esa melancolía final condena lo vivido. Apostaríamos a que no. Contra toda lógica, a contracorriente, el poeta se afe-

---

\* J. M. Aguirre: «Antonio Machado, poeta simbolista», Ed. Taurus, Madrid, 1973, 380 pp.

rra a la vida asimilando lo soñado a lo vivido. Quizá por su misma esquivez —por la vida que se le niega— la ama más, como el amante a la mujer que le desespera.

En este contexto no puede extrañarnos la tesis que defiende J. M. Aguirre: «El tema de la lírica de Machado no es ni el paisaje, ni el pasado, ni el tiempo, ni el sueño, ni la memoria, ni..., ni siquiera el amor. Su objeto único es el sentimiento derivado de la ausencia y el deseo del amor, en la presencia insoslayable de la muerte; es decir, los dos más profundamente dramáticos universales del sentimiento: «¡Tu cuerpo, niña!» y «Requiem eternam!» (pág. 380).

Dicho también por boca del pueblo:

*La ausencia es aire  
que apaga el fuego chico  
y enciende el grande.*

Expresado con palabras de místico, Juan de la Cruz, «Cántico espiritual»: «el enamorado vive siempre penado en la ausencia, porque él está ya entregado al que ama, esperando la paga de la entrega que ha hecho, y es la entrega del amado a él, y todavía no se le da»... Enamorado del amor sería la definición y el castigo de Antonio Machado, el hombre bueno, el solitario que perdió lo que más quería (Leonor), el que invocó a la soledad como a su sola compañía y dijo: «Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.»

J. M. Aguirre ha encontrado la clave secreta, una especie de reducción al absurdo (tomada literalmente). Los tardíos ojos de Guiomar —¿realidad?, ¿sueño?— eran también ficción, ojos de esfinge. No importa que ese amor tuviese arraigo en una mujer concreta, conocida. No la logró. No la podía lograr. Porque en su caso el logro carnal era pérdida o desencanto, terror de «viajero» ante «la pantera de la lujuria». Para Antonio Machado, la muerte era —es— la única y definitiva alternativa del amor.

Hombre de su tiempo, inscrito en las dos corrientes de su época —simbolismo, modernismo—, fue, por vía de rigor absoluto, un poeta original, independiente. No se tomó el símbolo como una frivolidad, sino como una fatalidad. De ahí su justeza, su verso sobrio, su simplicidad contenida. No despreció el simbolismo ni el modernismo, sino sus veleidades gratuitas, sus excesos, su descontrol. En su obra